

LA HISTORICIDAD DE JESÚS Y LAS FUENTES NO CRISTIANAS: APORTES A LA CRÍTICA DEL NEGACIONISMO MITISTA

Se debe condenar a todo aquél que, sea cual fuere el lado del argumento en que se coloque, manifieste en su defensa falta de buena fe, malicia o intolerancia de sentimientos. Mas no debemos imputar estos vicios a la posición que una persona adopte, aunque sea la contraria a la nuestra. Rindamos honores a la persona que tiene la calma de ver y la honradez de reconocer lo que sus adversarios realmente son, así como lo que representan sus opiniones, sin exagerar nada de lo que pueda perjudicarlos, y sin ocultar tampoco lo que pueda favorecerlos. En esto consiste la verdadera moralidad de la discusión pública. Y aunque a menudo sea violada, me contento con pensar que existen muchos polemistas que la observan en alto grado, y que es mayor todavía el número de los que se esfuerzan por llegar a su observancia de un modo consciente.

John Stuart Mill, *Sobre la libertad*

Por desgracia, cada día hay más y más personas ateas o agnósticas que niegan la existencia histórica de Jesús de Nazaret, sobre todo desde que Internet popularizara en todo el mundo el documental *Zeitgeist* de Peter Joseph; y, más atrás aún, desde que la industria cultural (cadenas de TV, prensa escrita, editoriales, etc.), encaramada a la gran ola de *El código Da Vinci* –la novela y su adaptación cinematográfica– y la moda del revisionismo histórico conspiracionista, lograra transformar ese *negacionismo* tan controvertido en una lucrativa fuente de ingresos a través del *marketing* sensacionalista y la comercialización masiva.

Este negacionismo no es nuevo, por cierto. Se remonta al ilustrado siglo XVIII, época en la cual diversos librepensadores de Inglaterra (Toland, Collins, Woolston) y Francia (Volney, Dupuis), en base a una relectura crítica del Nuevo Testamento y otras fuentes antiguas, defendieron públicamente la tesis según la cual la figura de Jesús sería, *in totum*, un mito literario, una mera invención (de ahí que el negacionismo sea también llamado *mitismo*). Este enfoque, que en los países anglosajones recibe el nombre de *Christ myth theory*, fue retomado y desarrollado en el siglo XIX por el alemán David Strauss, alcanzando su formulación clásica con Arthur Drews a inicios del siglo XX; y luego de un largo paréntesis de oscuridad, experimentaría un modesto rebrote durante los 70 y 80 con las obras de –entre otros– George Wells, Alvar Ellegård y Robert Price; prolongándose hasta nuestros días de la mano de autores como Timothy Freke y Peter Gandy. No obstante, los *mitistas*, independientemente de su mayor visibilidad mediática, siempre han sido en el ámbito académico especializado un grupo muy minoritario y marginal, y lo siguen siendo.¹

Pero aclaremos de inmediato, a fin de evitar malentendidos, qué se entiende exactamente por *existencia histórica de Jesús de Nazaret*. ¿La vida y muerte del «Hijo de Dios» hecho hombre? ¿La Encarnación, Pasión, Resurrección y Ascensión de Cristo? ¿Sus innumerables proezas como taumaturgo

¹ Como manifestara hace un tiempo en una entrevista el erudito español Antonio Piñero, experto en cristianismo primitivo, “Jesús es un hombre que existió realmente [...] El 99,9% de los investigadores serios –ateos o no ateos, dogmáticos o no dogmáticos, de derechas o de izquierdas– lo admite. El problema está en cómo se vio al personaje, cómo se transmitió” (*cfr.* www.periodistadigital.com/religion/libros/2012/12/23/antonio-pinero-hay-mas-pruebas-de-la-existencia-de-jesus-que-de-la-de-julio-cesar-religion-iglesia-libros.shtml).

(curaciones milagrosas de enfermos e inválidos, exorcismos, multiplicación de los panes y peces, transustanciación, transfiguración, etc.)? Por supuesto que no. Todo eso pertenece al reino de la fe cristiana y su frondosa mitología. Por *existencia histórica de Jesús de Nazaret* se entiende la vida y muerte verídicas de Yeshúa min-Natsaret, el *rabbí* de Galilea crucificado por el prefecto romano Poncio Pilato a instancias del Sanedrín en el año 33, durante el reinado del emperador Tiberio. Es decir, el *núcleo histórico real* de la leyenda del Nazareno, su esqueleto factual despojado de toda su carnadura cristológica y soteriológica. En suma, la historia auténtica del más famoso de todos los *pretendientes mesiánicos* (aspirantes a Mesías) del pueblo judío,² haciendo a un lado deliberadamente las mistificaciones metafísicas y mistericas de Pablo de Tarso y Juan el Evangelista, y del inmenso *corpus* teológico que se fue sedimentando sobre ellas a lo largo de dos milenios.

Confundiendo la paja con el trigo, los mitistas objetan –al decir de Gonzalo Puente Ojea– no sólo el “Cristo de la fe”, sino también el “Jesús de la historia”. Argumentan que no hay ninguna evidencia fidedigna de su existencia. ¿Qué entienden exactamente por *evidencia fidedigna*? Fuentes primarias que, amén de (1) tener autenticidad de origen y estar libres de adulteraciones ulteriores, sean (2) unívocas en sus alusiones al Galileo –que claramente se refieran a él y no a otro personaje histórico–; (3) externas e independientes a la tradición cristiana, viciada de parcialidad; (4) relativamente abundantes en cantidad y extensión; (5) rigurosamente contemporáneas y testimoniales, es decir, escritas en vida de Jesús o poco después de su muerte por testigos directos de sus dichos y acciones; y por último, (6) convergentes en la información factual que proveen.

Y en efecto, si por evidencia fidedigna entendemos todo eso, preciso es admitir que no la hay. Ninguna de las fuentes existentes se ajusta a este séxtuple criterio. Los libros del Nuevo Testamento, aunque se adecuan al segundo y cuarto requisito, no lo hacen del todo con el sexto, e incumplen a todas luces con el primero y tercero, y también con el quinto (los Evangelios Sinópticos y las Cartas Paulinas, los más antiguos, datan recién de la segunda mitad del siglo I; y ninguno de ellos fue escrito de veras por personas que hayan conocido personalmente a Jesús). Lo mismo es aplicable a los evangelios apócrifos, con el agravante de que éstos son bastante más tardíos (los más antiguos datan de fines del siglo I y principios del siglo II) y menos concordantes. En lo que respecta a las fuentes extracristianas (judías y paganas), que sí se ajustan al tercer criterio, éstas son, amén de extemporáneas (retraso nunca inferior a los 60 años, salvo una poco fiable excepción de tercera mano que examinaremos luego), demasiado escasas y escuetas; y en algunos casos, parcialmente inauténticas, ambiguas y/o poco congruentes.

Las fuentes extracristianas

Las fuentes *judías* se agrupan en dos: las *Antigüedades judías* del historiador Flavio Josefo, cuya composición ha sido datada en torno al año 93, y el Talmud de Babilonia, que compila la literatura rabínica de los siglos III, IV y V –basada ésta, a su vez, en la tradición oral de los *Tanaim*, que se remonta a las dos primeras centurias de nuestra era–. Las *Antigüedades judías* contienen dos referencias al Nazareno. La primera y más importante, comúnmente conocida como Testimonio Flaviano (XVIII, iii, 3), ha sido objeto de no pocos cuestionamientos en lo atinente a su autenticidad documental; no obstante, y aunque no faltan

² *Mesías* en el sentido hebreo tradicional de la palabra: no el *Hijo de Dios* o *Verbo Encarnado* de la novedosa especulación teológica cristiana –tributaria de la metafísica neoplatónica y la religiosidad de salvación helenística–, sino el *Mashíaj* («Ungido») de las viejas profecías judías, el sucesor del rey David, un hombre providencial, un héroe al que Jehová le ha dado una misión sagrada y gloriosa, y al que le dispensa su protección y auxilio sobrenaturales, pero que sigue siendo al fin de cuentas –como Moisés– un hombre de carne y hueso. No el *Christós* modesto, apolítico, pacífico y portador de una redención puramente espiritual (no terrenal), sino un poderoso caudillo de sangre real que bajo la égida divina está llamado a restaurar el reino de Israel (la monarquía davídica y la independencia del pueblo judío) en toda su grandeza y santidad, enfrentando y derrotando en una guerra implacable a la nueva Babilonia de la opresión imperial: Roma. Como buen judío que era, Jesús entendía su pretendida *mesianidad* de esta última forma, y nunca como una *divinidad encarnada*, idea completamente extraña a su entorno cultural y religioso. Cfr. PUENTE OJEA, Gonzalo, *La formación del cristianismo como fenómeno ideológico*. Madrid, Siglo XXI, 1984 (1974), pp. 49 et sq.

quienes esgrimen la tesis de la falsificación total, entre los eruditos prevalece la tesis de la *autenticidad parcial* (Josefo efectivamente mencionó a Jesús, pero su mención fue posteriormente alterada por los copistas cristianos con algunos añadidos). El segundo pasaje (XX, ix, 1), menor en extensión e importancia (aunque no por ello exento de valor probatorio), ha suscitado menos reparos, siendo casi en su totalidad aceptado por la abrumadora mayoría de los filólogos. Por su parte, el Talmud de Babilonia contiene *a priori* numerosas referencias al Galileo; pero todas ellas son, además de incidentales, bastante oscuras y contradictorias, con el agravante de que su extemporaneidad duplica —en el mejor de los casos— la de las *Antigüedades...*

Entre las fuentes *paganas* más antiguas tenemos una carta en siríaco del filósofo estoico Mara bar-Serapión a su hijo, que de acuerdo al parecer de la mayoría de los expertos, es auténtica y habría sido escrita entre el último cuarto del siglo I y la primera mitad del siglo II. Al margen de su extemporaneidad, el problema que ofrece este documento antiguo es que no está del todo claro que el pretendiente mesiánico condenado a muerte al que se hace mención sea realmente Jesús de Nazaret y no otro personaje, aunque bien podría tratarse de él.

En el ámbito de la literatura griega tenemos a Talo, un historiador helenístico presumiblemente palestino (Samaria). En torno al año 52 escribió una historia del mundo mediterráneo en tres tomos donde habría atribuido el presunto oscurecimiento producido durante la crucifixión de Jesús a un eclipse solar. Esta referencia tendría a su favor, amén de su objetividad (el autor es pagano) y nula ambigüedad, el hecho de su inigualada cercanía cronológica al suceso en cuestión (apenas dos décadas de distancia). Sin embargo, su valor probatorio es endeble, ya que se trata de una fuente de tercera mano. Ningún manuscrito de la obra de Talo ha sido encontrado hasta ahora, conservándose de ésta solamente 14 breves fragmentos, que son citas de otros autores. Su hipótesis sobre las tinieblas de la crucifixión nos ha llegado muy indirectamente a través de Jorge Sincelo, un erudito bizantino de fines del siglo VIII y principios del IX, el cual cita un pasaje perdido de la *Crónica* de Sexto Julio Africano —escrita hacia el año 221— en que este autor cristiano polemiza con Talo acerca de cuál habría sido la causa del supuesto oscurecimiento ocurrido el mediodía del primer día de Pascua del año 33. No obstante, al menos la autenticidad de Talo y su obra están ampliamente acreditadas por las referencias de otros autores antiguos como Eusebio, Tertuliano y Lactancio.

Tres son las fuentes paganas de procedencia latina dignas de consideración por su datación más o menos «temprana» (primer cuarto del siglo II). La más importante son los *Anales* (XV, 44) de Tácito, un historiador romano célebre por su rigor documental. Aunque incidental, la alusión que hace este cronista a la figura histórica del Nazareno resulta muy clara, y aporta datos muy precisos que coinciden con el relato evangélico. Por lo demás, la inmensa mayoría de los estudiosos coincide en que es auténtica. Su único bemo radica, por ende, en su extemporaneidad (data aprox. del año 116). Otra fuente en latín es la obra *Vidas de los doce césares* (V, 25) del historiador Suetonio. Su valor testimonial es bastante limitado, ya que al margen de lo tardía que resulta su datación (c. 120), adolece de ambigüedad e imprecisión (no está del todo claro que *Chrestus* sea Jesús de Nazaret, ni cuál es el contexto espacio-temporal de su accionar sedicioso). La tercera fuente latina es la carta (X, 96) que Plinio el Joven, siendo gobernador de Bitinia y el Ponto, le remitió al emperador Trajano en torno al año 112. Esta epístola aporta muy poco al debate sobre la historicidad del Galileo, dado que su ambigüedad al respecto es extrema.

Un cuarto subgrupo de fuentes paganas —más tardías— estaría representado por el escritor helenístico Luciano de Samósata, el retórico latino Frontón de Cirta y los filósofos neoplatónicos (Celso, Porfirio, Sosiano Hierocles, Juliano) que polemizaron con los apologetas cristianos de la época post-apostólica (Minucio Félix, Justino, Tertuliano, Orígenes, Eusebio, Cirilo, etc.). El primero es autor de la sátira

anticristiana *Sobre la muerte de Peregrino* (c. 165), un texto plagado de críticas mordaces a la nueva religión. Sin embargo, y pese a su declarado escepticismo, Luciano nunca pone en tela de juicio la historicidad de Jesús. Sí, desde ya, su divinidad y varios de sus milagros; pero no su existencia histórica. Lo mismo vale para Frontón (100-170) y los pensadores neoplatónicos Celso (s. II), Porfirio (s. III), Sosiano Hierocles (s. III-IV) y Juliano (s. IV), aunque lo suyo no sea la composición satírica sino la controversia filosófica. Tampoco ellos disimulan su incredulidad y encono hacia el cristianismo (Celso, por ej., se regodea haciéndose eco del rumor según el cual Jesús sería hijo adulterino de María y un soldado romano). Resulta muy significativo que estos polemistas paganos no hayan echado mano a un argumento tan potente como el de aseverar la falsedad histórica del Galileo. Todo hace presuponer que, de haber existido en aquel tiempo suspicacias acerca de la historicidad de Jesús, no hubieran vacilado en sacar partido de ello.

Los inconvenientes del séxtuple criterio y la imaginación histórica

Retomemos el hilo conductor de la exposición. El séxtuple criterio de confirmación documental que manejan los historiadores mitistas, bosquejado algunos párrafos atrás, resulta altamente cuestionable. Veamos por qué.

En primer lugar, porque en el campo de la historiografía antigua es harto frecuente tener que lidiar con fuentes que no se ajustan a aquel estándar, es decir, con fuentes que son muy escasas y fragmentarias, que están sesgadas ideológicamente, que resultan oscuras o ambiguas, que fueron interpoladas *ex post* por los copistas, que presentan incongruencias y/o que proceden de un contexto epocal tardío en relación a los hechos históricos estudiados. Se trata de una *vara tan alta* que, si se la aplicara a toda la historiografía antigua en su conjunto, esta importante rama del conocimiento científico quedaría reducida a poco más que un subgénero de la literatura ficcional, equiparable a la novela histórica... Desde luego, los negacionistas no bregan por ninguna generalización omnidisciplinar de las elevadísimas exigencias heurísticas y hermenéuticas que esgrimen en el caso particular de la historicidad de Jesús. Hacerlo sería, ciertamente, un disparate insostenible. Por lo tanto, incurren sin darse cuenta en una incoherencia: la de *medir con distinta vara* la historicidad del Nazareno y su actuación mesiánica en la Palestina del siglo I, y la historicidad de otros personajes y acontecimientos; una actitud que tiene mucho de parcialidad fanática y poco de rigor científico, algo que, como ateo que ama la ciencia e intenta anteponer el pensamiento crítico a sus convicciones y conveniencias ideológicas, no puedo dejar de lamentar.

Tener que vérselas a cada paso con los problemas de la insuficiencia y fragmentariedad de las fuentes, de la oscuridad o ambigüedad de su contenido y de su dudosa autenticidad, así como con sus discrepancias y sesgos, constituye un desafío inherente al oficio historiográfico, al menos en el caso de los *antiquistas* (historiadores especializados en historia antigua). Y dicho desafío conlleva forzosamente la necesidad de tener que *conjeturar* en un grado considerable, algo que resultaría inadmisibles para los parámetros habituales de las otras subdisciplinas historiográficas. La historia antigua es un rompecabezas con tantas piezas faltantes, que resulta imposible rearmarlo sin apelar, más intensivamente que en otros casos, a la *imaginación histórica* de la que hablaba Collingwood.³ ¿Qué sería, por ej., de nuestro

³ “...El historiador debe ir en dos sentidos más allá de lo que sus autoridades dicen. Uno de estos sentidos es el camino crítico [...]. El otro es el camino constructivo. [...] La historia constructiva [...] es la interpolación, entre las afirmaciones tomadas de nuestras autoridades [las fuentes primarias], de otras implícitas en ellas. De esta suerte, nuestras autoridades nos dicen que un día estuvo César en Roma y que otro día posterior estuvo en las Galias; nada nos dicen sobre su viaje de un lugar al otro, pero nosotros lo interpolamos con absoluta tranquilidad de conciencia.

Este acto de interpolación tiene dos características significativas. Primera, no es en modo alguno arbitrario ni meramente caprichoso: es necesario, o según el lenguaje kantiano, *a priori*. Si llenáramos la narración de los actos de César con detalles fantásticos tales como los nombres de las personas que se encontró en el camino y lo que les dijo, la construcción sería arbitraria; sería en verdad la especie de construcción que hace el novelista histórico. Pero si nuestra construcción no abarca nada que sea innecesario al testimonio histórico, entonces es una construcción histórica legítima de una especie sin la cual no puede haber historia alguna.

conocimiento sobre el reinado del faraón Ajenatón, las reformas de Solón, el asesinato de Hipatia de Alejandría y el encuentro entre Atila y el papa León I, si los grandes huecos de la evidencia más contemporánea a esos acontecimientos no fueran llenados con conjeturas *verosímiles pero inciertas*? Con seguridad, algo muy insuficiente y frustrante.⁴

El problema de la extemporaneidad de las fuentes

Un párrafo aparte merece el problema de la extemporaneidad de las fuentes. Los historiadores de la Antigüedad se topan con él recurrentemente, pues los acontecimientos y personajes —épocas enteras incluso— que investigan suelen carecer de un respaldo documental coetáneo. Y como no se tiene ninguna solución ideal al alcance de la mano, se opta muy sensatamente por utilizar —con las debidas reservas del caso— testimonios que sean *lo menos tardíos posibles*. Los ejemplos abundan a granel. Citemos cuatro a modo de ilustración:

1) En el año 529, el emperador bizantino Justiniano —un celoso defensor de la ortodoxia cristiana— habría ordenado la clausura de la Academia neoplatónica de Atenas por considerarla un reducto del paganismo. A raíz de esta intolerante medida, Damascio y otros sabios de dicha institución se habrían exiliado —llevándose consigo muchos manuscritos de la biblioteca— en Ctesifonte, la capital de la Persia sasánida, donde, según se dice, fueron acogidos por el emperador Cosroes. La única fuente que acredita estos hechos son las *Historias* (II, 31) del cronista bizantino Agatías Escolástico. Ahora bien: este autor nació aprox. hacia el año 536, unos siete años después del cierre de la Academia, por lo que resulta imposible que haya sido testigo de aquel incidente. Por lo demás, la obra fue redactada recién durante el reinado de Justino II (565-578), casi cuarenta años más tarde que los sucesos. Sin embargo, nadie niega que éstos hayan ocurrido.

2) Se acepta generalmente que la antigua Roma fue en sus comienzos, y durante dos centurias y media (753-509 a.C.), una monarquía. Empero, todo lo que se sabe o presume acerca de este extenso período histórico (la sucesión de siete reinados, el paréntesis de la dominación etrusca, las magistraturas, etc.) emana de fuentes extremadamente tardías: anales e historias escritos varios siglos después, durante la República y el Principado.

3) En la antigua Atenas, hacia el año 622 ó 621 a.C., el arconte epónimo Dracón habría codificado las leyes orales vigentes en la *polis* a fin de poner coto a las arbitrariedades de la aristocracia eupátrida. Sin embargo, no disponemos de ningún testimonio contemporáneo que avale esta presunción. Las tres fuentes primarias disponibles son notoriamente extemporáneas: Aristóteles (s. IV a.C.), Plutarco (s. I) y Pausanias (s. II). La más antigua de ellas adolece de un retraso cronológico de 300 años... No obstante, la historicidad del código draconiano no suscita mayores controversias entre los estudiosos de la Grecia arcaica.

4) Todo lo que sabemos hoy acerca de Alejandro Magno (s. IV a.C.) procede de fuentes extremadamente tardías: Diodoro de Sicilia, s. I a.C.; Curcio Rufo, s. I; Arriano y Plutarco, s. II; Justino

Segunda característica, lo que se infiere de esta manera es esencialmente algo imaginado. [...]

A esta actividad, en su doble carácter, la llamaré imaginación *a priori*; [...] por muy inconscientes que seamos de su funcionamiento, es ésta la actividad que al salvar los huecos entre lo que nuestras autoridades [las fuentes primarias] nos dicen, le da continuidad a la narración o descripción histórica" (COLLINGWOOD, Robin G., *Idea de la historia*. México, FCE, 2004, [1946], pp. 322-323).

⁴ Otro buen ejemplo que ilustra lo dicho es la Conjura de Cinadón. Este suceso, ocurrido en Esparta a inicios del siglo IV a.C., sólo está documentado por Jenofonte, Aristóteles y Polieno, y de manera muy superficial, por lo que sería imposible tener un panorama más o menos satisfactorio de él sin hacer conjeturas sobre cuestiones capitales que han quedado en un cono de sombras. Un segundo caso, más elocuente aún que el anterior, es el *bandolerismo social* de Drímaco y sus hombres (esclavos fugitivos) en la isla egea de Quíos, en una fecha imposible de precisar. El único testimonio que se conserva es el *Deipnosophistas* de Ateneo de Náucratis, obra compuesta presuntamente a comienzos del siglo III. Insisto: si los baches documentales no fuesen cubiertos con una imaginación histórica *responsable*, éste y muchísimos otros sucesos antiguos serían ininteligibles.

Frontino, s. II, III o IV (no hay consenso en la datación entre los romanistas)... En el mejor de los casos, la extemporaneidad oscila en los 300 años. Ninguno de los testimonios contemporáneos (Calístenes, Ptolomeo, Nearco, Aristóbulo, Onesícrito, Clitarco, etc.) se ha preservado, y sólo conocemos de ellos unos pocos fragmentos (citas de cronistas posteriores). Por lo demás, la evidencia epigráfica coetánea (inscripciones) es paupérrima. Y pese a todo, la historicidad de muchos detalles de la actuación político-militar del Macedonio está firmemente asentada.

Por lo tanto, recusar la historicidad de Jesús de Nazaret arguyendo que las fuentes son paupérrimas y tardías, supone un acto de *mala fe* intelectual, de injusticia historiográfica, a menos que se esté dispuesto a hacer exactamente lo mismo con todos y cada uno de los personajes antiguos, con el consabido costo que ello entrañaría: una contracción drástica de los horizontes del saber histórico y de la inteligibilidad misma del pasado humano.⁵

Admito de buen grado que el panorama documental concerniente a la historicidad del Galileo y su actuación mesiánica dista de ser óptimo *incluso* para los parámetros forzosamente menos pretenciosos de la historiografía antigua, puesto que hay un sinnúmero de realidades históricas de la Antigüedad mucho mejor documentadas, cuantitativa y cualitativamente hablando: las relaciones diplomáticas entre las monarquías del Cercano Oriente durante el siglo XIV a.C., el reinado del faraón Ramsés II, las Guerras Médicas, las campañas militares de Alejandro Magno, la conquista romana de las Galias, el principado de Augusto... Pero preciso es reconocer también que aquel panorama tampoco es tan catastrófico como algunos lo pintan (siempre dentro de los parámetros de la historiografía antigua), dado que hay un sinnúmero de personajes y acontecimientos antiguos –de los que nadie duda que hayan existido– cuyo nivel de cobertura documental es análogo al de la vida y muerte del *rabbí* Jesús de Nazaret, o incluso inferior –en ocasiones muy inferior–. ¿Cuánto sabemos en detalle, por ej., del colapso de la civilización micénica, la colonización vikinga del litoral canadiense y el éxodo britano al noroeste de la Península Ibérica? Muy poco, casi nada. Con seguridad, menos de lo que sabemos del Nazareno y su trayectoria biográfica.

Aunque los mitistas lo olviden, trabajar con fuentes «levemente» extemporáneas como si fuesen contemporáneas es, en el campo de la historiografía antigua, moneda corriente. Para los estándares de esta subdisciplina, un desfase de una o dos generaciones no representa mucho.

La cuestión sobrenatural

Pero los mitistas replicarían: ¿cómo es posible que no se haya encontrado ni un solo testimonio contemporáneo independiente de un personaje presuntamente tan extraordinario como Jesucristo? ¿Cómo se explica que no haya ninguna fuente coetánea judía o gentil que nos hable de su milagroso nacimiento, de sus numerosos prodigios taumatúrgicos a la vista de tantos y de su sorprendente resurrección y ascensión? ¿Cómo se entiende que los diversos autores latinos, griegos y judíos que vivieron en el Imperio Romano durante los dos primeros tercios del siglo I, y que registraron los sucesos de esa época, nada nos digan acerca del Galileo y su conato mesiánico?

Ante todo, y una vez más, hay que diferenciar el Cristo de la fe del Jesús de la historia. El debate historiográfico *serio* –científico– en torno a la historicidad del Nazareno descarta de antemano la veracidad fáctica de todas las elucubraciones teológicas que, con posterioridad a su muerte, pergeñaron Pablo de Tarso, Juan el Evangelista y sus continuadores. Por ende, quedan excluidos *a priori* por inverosímiles los

⁵ Desde un punto de vista lógico, el mitismo –en tanto se abstiene de hacer extensivos sus altísimos estándares de exigencia documental al resto de la historia antigua– constituye un buen ejemplo de *slothful induction* o «inducción perezosa», falacia que consiste en eludir una conclusión necesaria de alcance más general que la recta razón pide a gritos.

numerosos aditamentos hagiográficos *ex post facto* que incoaron el *legendarium* cristológico y soteriológico de la Iglesia: la maternidad virginal de María, la divinidad y taumaturgia de Jesús, el poder salvífico de su sufrimiento y muerte en la cruz, el portento de su resurrección y ascensión, y demás mistificaciones metafísicas fideístas.

Harina de otro costal es si el mito de Cristo se construyó *ex nihilo*, «desde la nada» (sólo a partir de diversas tradiciones religiosas y filosóficas del judaísmo y el paganismo), o sobre la base de un personaje histórico real. En este sentido, querer demostrar –como hacen muchos mitistas (¡no todos por suerte!)– la irrealidad histórica *in totum* del Galileo explicando cuán fabulescos son los elementos sobrenaturales del relato evangélico, resulta completamente improcedente, y lo único que hace es –si se me permite usar una expresión tomada de la jerga del fútbol– *embarrar la cancha*.⁶

Por lo tanto, y volviendo al interrogante planteado en el primer párrafo de este apartado, debemos colegir que los cronistas judíos y paganos no se hicieron eco de toda la sensacional milagrería de Jesús (desde su concepción hasta su muerte y más allá) *sencillamente porque ella nunca ocurrió*, a no ser dentro de las imaginativas mentes de Pablo y de quienes se enrolaron detrás de su novísima y altamente controversial versión de los hechos.⁷ La historia sagrada pertenece al ámbito de la fe, no al de la ciencia.

La «irrelevancia» de Palestina, el judaísmo y Jesús para los grecolatinos

En segundo lugar, la ausencia de fuentes paganas contemporáneas se debe al hecho de que Palestina era una región remota y marginal del Imperio Romano, poco atractiva –salvo excepciones– a los cronistas griegos y latinos de aquel tiempo; y también, a que el mesianismo de Jesús, en contraste con otros anteriores y posteriores, fue en lo inmediato (evitemos cometer el error de pensarlo retrospectivamente a partir del formidable éxito *póstumo* que cosecharía a la postre por intermedio del *aggiornamento* paulino)⁸ un movimiento abortado y de dimensiones muy modestas, incluso para los parámetros locales de Palestina.

⁶ En términos lógicos, se trata de un sofisma denominado *non sequitur*, consistente en sostener una conclusión –la no historicidad de Jesús en este caso– que no se deduce de las premisas esgrimidas. Asimismo, visto desde otro ángulo, se podría afirmar que el mitismo incurre en la *falacia de asociación*, puesto que extrapola un atributo exclusivo (la falsedad histórica) de un objeto determinado (el Cristo de la fe) a otro con el que está relacionado, pero que es sustancialmente diferente (el Jesús de la historia); o como se dice vulgarmente, *meter todo en la misma bolsa*, que es una manera de *darnos gato por liebre* en esta discusión historiográfica.

⁷ En efecto, como bien han explicado –entre otros– Gonzalo Puente Ojea y Antonio Piñero, la reinterpretación de la figura mesiánica de Jesús, típicamente judía, como *Theos ho Huios* («Hijo de Dios») y *empsychos Logos* («Verbo encarnado»), elaborada por Pablo al calor del poderoso influjo espiritual del helenismo (metafísica neoplatónica, cultos místéricos, religiones de salvación orientales), fue muy resistida por la primigenia comunidad *nazarena* (judeocristiana) de Jerusalén que lideraba Santiago, el hermano de Jesús. Aquella heterodoxa resignificación sólo fue asumida por los cristianos judíos y gentiles de Antioquía que seguían a Pablo y Bernabé. Ahora bien: cuando las legiones imperiales comandadas por Tito, en el marco de la I Guerra Judeo-romana, expugnan y destruyen Jerusalén hacia el año 70, masacrando a un gran número de sus habitantes, la comunidad nazarena colapsó casi por completo; circunstancia por la cual el cristianismo paulino, hasta entonces sólo una tendencia interna, se convirtió en *cristianismo* a secas.

Es, por consiguiente, un grave error creer que las diferencias entre los judeocristianos jerosolimitanos y los de Antioquía se reducían a la observancia estricta o no de la *Torá* (circuncisión, sabbat, etc.). Mucho tuvieron ellas que ver también con las disímiles nociones de mesianidad puestas en juego: el *Mashiaj* judío tradicional (sucesor del rey David) vs. el *Christós* paulino helenizante (encarnación de Dios).

⁸ Dos digresiones aclaratorias:

a) Aunque la historia en sentido *gnoseológico* –la historia entendida como *conocimiento del pasado (historiografía)*– parte siempre del presente del historiador, y en ese sentido se podría decir que es «retrospectiva», la historia en sentido *ontológico* –la historia como *devenir de las sociedades (proceso histórico)*– es siempre *prospectiva*, dado que está constituida por un entramado de relaciones de causa y efecto, y la causa siempre antecede al efecto. Invertir la causación histórica asumiendo que el decurso de la vida social está *preordenado* hacia un *fin* en sentido aristotélico (*télos*), y que todo lo que acontece en él es *necesario* en tanto allana el camino a la consumación futura de aquél (*teleologismo* o *finalismo*) es una operación intelectual propia de las nebulosas –al decir de Danto– *filosofías sustantivas de la historia* (Polibio, Agustín, Bossuet, Vico, Voltaire, Hegel, el Marx de la etapa tecnologizante, etc.), y no de la ciencia histórica. Jesús de Nazaret, judío y pretendiente mesiánico fiel a la tradición religiosa de su pueblo, nunca aspiró a fundar una nueva religión de salvación universal, y menos propiciar su trágico desenlace en la cruz como mártir a fin de coadyuvar a la concreción de ese objetivo. Sin duda, él fue causa, con su mesianismo, *aunque sin quererlo ni buscarlo*, de un movimiento que, a la postre, por incidencia de varios otros factores (la gravitación de la cultura helenística y la religiosidad oriental, el éxito de la reingeniería paulina, la súbita desaparición de la comunidad judeocristiana de Jerusalén), decantaría en eso que hoy llamamos *cristianismo*. No hay

Por caso, el conato mesiánico del Nazareno está a años luz en importancia del que un siglo después habría de protagonizar Simón bar-Kokba. Este último mesianismo desembocó hacia el año 132 en la III Guerra Judeo-Romana, una rebelión judía de gran envergadura que se prolongó por más de tres años, que tuvo en vilo al dominio imperial sobre la región, que obligó al gobierno metropolitano a movilizar un colosal ejército (seis legiones enteras más considerables tropas de refuerzo procedentes de otras fuerzas legionarias) para poder finalmente restablecer el orden y que ocasionó varios centenares de miles de muertos).⁹ Por el contrario, el mesianismo de Jesús sólo se trató (si prescindimos de su ulterior metamorfosis en religión universal de salvación) de un *incidente menor*, pues bastó una detención policial seguida de un juicio y una ejecución para extirparlo.

Dicho de otro modo, la aventura mesiánica que sesgadamente narran los Evangelios nunca pasó a mayores, ni en vida de su protagonista, ni tampoco, durante un tiempo considerable, tras su muerte. Según se consigna en los *Hechos de los Apóstoles*, algunos meses después de la muerte de Jesús el número de seguidores era apenas de 120... Y hacia el año 40, la cantidad de prosélitos de la nueva secta judía (no cabe calificarla de otra forma) apenas rondaba en torno a mil, una cifra que palidece frente a las otras corrientes del judaísmo.

Si los cronistas latinos y griegos del siglo I, salvo contadísimas excepciones, poco y nada se ocuparon de las expresiones preponderantes del judaísmo (fariseísmo, saduceísmo, esenismo, zelotismo), una religión extravagante y despreciable a sus ojos, incompatible con los valores de la civilización helenístico-romana, ¿por qué razón habrían de haberse ocupado de la más oscura de sus sectas, cuya existencia, por lo demás, seguramente ignoraban? Recién durante el tránsito del siglo I al II, cuando el cristianismo alcanza ya una magnitud y extensión más o menos considerables, comenzamos a encontrar algunas fuentes que mencionan a Jesús y sus seguidores. Nada de extraño hay en ello. Lo extraño sería, por el contrario, que más tempranamente (segundo y tercer cuarto del s. I) autores latinos como Séneca, Petronio, Lucano y Plinio el Viejo, o griegos como Plutarco, Dión Crisóstomo y Apolonio de Tiana, se hubiesen tomado el trabajo de consignarla.

Hay un argumento contundente a favor de esta presunción. Aunque los mitistas niegan la historicidad de Jesús, admiten de buen grado que el judeocristianismo surgió en la primera mitad del siglo I. Esto conduce a una aporía, ya que así como no existen fuentes paganas coetáneas concernientes al Galileo, tampoco las hay relativas a su secta. Por lo tanto —y no hago otra cosa más que aplicar el método lógico de

que *reificar* la historia. Ésta, como sumatoria de todas las acciones humanas que es, está llena de pequeños *efectos colaterales* y grandes *consecuencias no deseadas*. Su itinerario siempre está abierto, pues ella nunca sucede *para*; simplemente sucede, o como se suele decir en inglés, *it just happens*. Elevarla a la categoría cuasi-divina de un ente providente que *per se* posee y despliega una lógica interna a través de los siglos, valiéndose de todo tipo de sofisticadas e insospechadas *Listen der Vernunft* o «astucias de la razón» —parafraseando a Hegel—, es caer en lo que en lógica se denomina *falacia antropomórfica*. Si sólo se tratara de un inocente juego retórico, diríamos que es una *prosopopeya*; pero no lo es, porque la historia y la poesía son cosas diferentes, o debieran serlo.

b) El *aggiornamento* paulino consistió básicamente en *desjudaizar* la fe de Jesús y los nazarenos, tanto en su doctrina como en su liturgia, a fin de volverla más seductora a los ojos de los gentiles grecorromanos, que no tenían obviamente ninguna motivación, y menos obligación, de ajustar su conducta a las —según su visión— farragosas y extravagantes exigencias de la *Torá* (la circuncisión por ej.). Pero también consistió en *despolitizar* dicha fe con el objeto de volverla más inocua —menos subversiva— a los ojos del *establishment* (gobierno imperial y clases propietarias), dejando atrás el discurso apocalíptico, el nacionalismo judío y la condena de la riqueza. Gracias a esta radical reconversión ideológica, el cristianismo llegaría con el tiempo (siglo IV) a ser la religión mayoritaria y oficial del Imperio Romano. Cfr. PUENTE OJEA, *ibid.*, p. 134 et sq.

⁹ Otros pretendientes mesiánicos más exitosos —*en vida*— que Jesús fueron Simón de Perea, muerto en el año 4 a.C., y Judas el Galileo, que encabezó una rebelión en el 6, ambos anteriores. Y posteriores al Nazareno, varios de los líderes de la Gran Revuelta Judía de 66-73 (Menahem ben-Judá, Juan de Giscala, Simón bar-Giora), Lucas de Cirenaica (aclamado como rey al comienzo de la Guerra de Kitos, en 115-117) y mucho tiempo después, en el Imperio Otomano del siglo XVII, durante el reinado del sultán Mehmed IV, el rabino Sabbatai Zevi, quien despertó la fervorosa adhesión de infinidad de judíos tanto en Palestina como en la Diáspora.

Una acotación importante: la aparición recurrente de pretendientes mesiánicos en Palestina durante los primeros doscientos años de dominación romana (63 a.C.-135 d.C.), aunque ciertamente no es una prueba de la existencia histórica de Jesús, sí constituye un argumento de peso a favor de su absoluta *verosimilitud histórica*, algo que los mitistas también suelen poner en tela de juicio. No hay nada de anómalo o extraordinario en el conato mesiánico de Jesús de Nazaret. No fue el primero, ni tampoco sería el último.

la *reductio ad absurdum* o «reducción al absurdo»–, los mitistas, para ser coherentes, deberían postergar los orígenes del judeocristianismo hasta la segunda mitad del siglo I, dado que el texto neotestamentario más temprano es la *I Carta a los Tesalonicenses*, compuesta hacia el año 51... El asunto es mucho más sencillo: ni Jesús ni la secta nazarena aparecen en las fuentes paganas del segundo tercio del siglo I porque ni uno ni otra eran a la sazón *relevantes* para la civilización helenístico-romana, por las razones ya apuntadas.

Otro aspecto que hay que ponderar son los *intereses temáticos* de los autores antes aludidos, puesto que en más de un caso dichos intereses raramente podrían haberlos conducido a ocuparse del conato mesiánico de Jesús, aun en el improbable caso de que lo hubieran conocido de primera o segunda mano. Los mitistas engrosan abusivamente la lista de autores grecolatinos coetáneos, dado que, además de comentaristas conspicuos de actualidad (Plinio el Viejo por ej.), incluyen también figuras de escasa o nula vocación cronística (como Séneca, el filósofo estoico, cuyas preocupaciones son eminentemente científicas y éticas). Es decir que la ausencia de referencias paganas al Galileo a lo largo de casi todo el siglo I, aunque real, ha sido hábilmente exagerada por el negacionismo; un negacionismo que, de manera facilista y poco escrupulosa, ha hecho tabla rasa con el variopinto abanico de las fuentes grecolatinas del período, y ello con la obvia intención de que la laguna documental alcance dimensiones tales que la historicidad de Jesús parezca a todas luces inverosímil. Pero el fin (desenmascarar al cristianismo), por muy loable que sea –y *opino que lo es*–, no justifica los medios (sacrificar el rigor intelectual).

Dos aparentes excepciones

Un caso especial es el de Filón de Alejandría y Justo de Tiberíades, dos judíos helenizados del siglo I que, pese a su proximidad cronológica y geográfica con el Nazareno, y a su afición cronística y vivo interés por los asuntos religiosos y políticos del pueblo hebreo, no dejaron ninguna constancia de la tentativa mesiánica de aquél. Examinemos brevemente a ambos personajes.

Filón, un pensador renombrado que renovó la fe mosaica con los aportes de la metafísica griega –la platónica especialmente–, fue un autor sumamente prolífico, que nos ha dejado, aparte de numerosos tratados exegéticos, teológicos y filosóficos, varias obras de corte historiográfico. Era oriundo de Alejandría, la gran metrópoli helenística de Egipto, situada a no excesiva distancia de Palestina (400 km aprox.); y falleció a una edad sexagenaria entre los años 45 y 50 de nuestra era, por lo que resulta obvio que fue contemporáneo de Jesús.

Justo, en cambio, es un poco posterior al sabio alejandrino. Su intenso desempeño político y su significativa producción historiográfica –que van de la mano– discurren en la segunda mitad del siglo I, no en la primera, motivo por el cual debemos considerarlo un autor moderadamente tardío. Era de Tiberíades, una urbe helenística de reciente fundación (20 d.C.) enclavada en el corazón mismo de Galilea, la tierra de Jesús. Su extemporaneidad, por ende, se vería compensada de algún modo por su «coterraneidad».

Por desgracia, de las dos obras de Justo cuya existencia se conoce (*Historia de la Guerra Judía* e *Historia de los reyes hebreos*), sólo se conservan fragmentos. ¿Qué certeza tenemos entonces de que este historiador judío de vasta cultura helenística (al igual que Flavio Josefo, su coetáneo archienemigo político e historiográfico) no haya mencionado a Jesús de Nazaret? Si por certeza entendemos *evidencia directa*, ninguna.

Pero tenemos un indicio confiable, al menos, en lo que respecta a la *Historia de los reyes hebreos*: Focio. ¿Por qué? Porque este autor bizantino del siglo IX afirmó haber leído íntegramente la *Historia de los*

*reyes hebreos*¹⁰, y le reprocha a Justo que haya soslayado a Jesús en su narración. En este caso, el sesgo cristiano que presenta la fuente secundaria podría ser motivo de credibilidad en vez de suspicacia, dado que el deseo de Focio era precisamente hallar información histórica sobre el Galileo. De haberla hallado, con seguridad lo hubiese dicho, limitándose eventualmente a censurar u omitir aquellas afirmaciones de Justo que le resultaran inconvenientes o sacrílegas.

Ahora bien: en el caso de la otra crónica, la *Historia de la Guerra Judía*, lamentablemente resulta imposible saber si Justo mencionó o no —en los pasajes que Josefo no citó, que son la abrumadora mayoría— a Jesús y/o sus seguidores. De cualquier modo, no es nada seguro que esta obra haga mención al Nazareno, ya que se refiere a la Gran Revuelta Judía, que es 33 años posterior a su crucifixión, y en la cual el *nazarenismo* (judeocristianismo), una secta menor, no tuvo ninguna participación destacable, en claro contraste con el influyente zelotismo, que estuvo a la vanguardia del movimiento.¹¹

La circunstancia de que ni Filón de Alejandría, ni Justo de Tiberíades, al parecer, se hayan referido a Jesús, debemos atribuirla principalmente a la marginalidad social, religiosa y política del judeocristianismo en la Palestina del siglo I. La secta judía de los nazarenos era tan pero tan modesta en sus primeros decenios de existencia que probablemente resultó irrelevante no sólo a los cronistas paganos, sino también, incluso, a los cronistas judíos. Diferente es el caso de los esenios y zelotes, cuya popularidad sí logró despertar la curiosidad de los autores hebreos, aun cuando éstos vieran con malos ojos la heterodoxia religiosa y/o radicalidad política de aquéllos.

Evemerismo y alegorismo

Ahora quisiera retomar una observación que hice anteriormente a propósito de los polemistas paganos anticristianos de la época antonina (Luciano, Frontón, Celso) y también posteriores (Porfirio, Sosiano Hierocles, Juliano). Había señalado que estos autores, no obstante su incredulidad y encono manifiestos hacia el cristianismo, nunca ponen en tela de juicio la historicidad del Galileo. Rechazan desde ya, como una superstición absurda y ridícula propia de gentes bárbaras e ignorantes, la creencia en su divinidad, encarnación y resurrección, mofándose de ella sin reparos;¹² mas no niegan que el personaje sea real. Al contrario, de manera explícita admiten su existencia histórica, una postura con obvias reminiscencias *evemeristas*.¹³

¹⁰ Sabemos por Focio que Justo inició su relato con la figura legendaria de Moisés, y que lo prolongó hasta el término del reinado de Agripa II, el último de los soberanos pertenecientes a la dinastía herodiana. Dado que Agripa II reinó durante la segunda mitad del siglo I (hasta c. 92), se da por sentado que la *Historia de los reyes hebreos* debe cubrir la época de Jesús.

¹¹ Téngase presente que Flavio Josefo, en *La Guerra de los judíos* —su versión historiográfica de la Gran Revuelta—, no hace ninguna alusión a Jesús y sus prosélitos. Este dato le daría un plus de credibilidad a la conjetura de que Justo de Tiberíades, en su *Historia de la Guerra Judía*, bien pudo haber omitido al Nazareno y su secta, ya sea por ignorarlos o por juzgarlos irrelevantes.

¹² Sin embargo, como buenos neoplatónicos que eran, no tenían problema en admitir la autenticidad de los milagros atribuidos al Nazareno, siempre y cuando se los conceptuase como simples actos de magia y no como epifanías de una divinidad encarnada.

¹³ Téngase en cuenta que en aquel tiempo el *evemerismo* (véase el próximo párrafo) era ampliamente conocido en el seno de la intelectualidad grecolatina, de modo que la alternativa de *deconstruir* el mito de Cristo, de rebajar al Hijo de Dios a la categoría de simple mortal (héroe digno de veneración o villano farsante que debe ser desenmascarado, según la opinión que se tuviera de él), resultaba perfectamente posible. Hacía siglos que la *humanización de divinidades por la vía racional* había dejado de ser una novedad. Si autores paganos ya se habían atrevido a *des-divinizar* al venerado Zeus-Júpiter, protector celeste de los soberanos helenístico-romanos, ¿qué les hubiese impedido a Celso, Porfirio y compañía hacer lo mismo con el aborrecido Cristo de los seguidores de Pablo? Nada hay de extraño, pues, en que los polemistas paganos anticristianos hayan recurrido al evemerismo en sus argumentaciones.

El *evemerismo* es una teoría sociológico-religiosa según la cual los dioses *mitológicos* (no así los primordiales) se reducen, en el fondo, a personajes históricos prominentes de un pasado muy remoto y mal recordado: reyes, guerreros, sacerdotes, sabios, inventores, etc., que la vigorosa imaginación popular, con el transcurso de las generaciones, fue magnificando. La denominación se deriva de su artífice, Evémero de Mesene, un mitógrafo helenístico de fines del siglo IV y primera mitad del siglo III a.C. Este erudito llegó tan lejos en su escepticismo o revisionista que se atrevió a

Celso, por ej., afirmó sin medias tintas en su *Alethes logos* («Discurso verdadero») que Jesús “fue un hombre, y así lo manifiesta la verdad y lo prueba la razón”. Es dable suponer que, si hubiera habido en esa época sospechas sobre la historicidad de Jesús, dichos autores con gusto se habrían hecho eco de ellas. El que no lo hayan hecho, sugiere que tales sospechas no existieron. Y que tales sospechas no hayan existido, constituye un indicio a favor de la historicidad de Jesús.

Preciso es acotar que la posibilidad teórica de recusar la existencia histórica del Nazareno por la vía de la *interpretación figurada o metafórica* del mito cristiano (como hoy proponen algunos mitistas) cabía perfectamente dentro de los horizontes axiológicos del saber letrado helenístico-romano. Cabía perfectamente porque, en un plano más general, la *philosophia* –desde su aparición con los presocráticos en el siglo VI a.C.– no había hecho otra cosa más que expandir el dominio del *logos* a expensas de la esfera del *mythos*, y de acrecer la novedosa soberanía del pensamiento crítico y el libre examen a costa del viejo señorío de la tradición y el sentido común (en eso consiste, básicamente, la filosofía); y también porque, en un plano más particular, el *alegorismo* ofrecía –de acuerdo con el parecer de muchos intelectuales de la Antigüedad clásica– una hermenéutica muy idónea para hallar la verdad (simbólica) esencial que se ocultaría detrás de las falsas apariencias de la literalidad mitológica.

No vaya a creerse que la exégesis alegorizante era algo nuevo. Sus orígenes se retrotraían, por lo menos, a Teágenes de Regio, un mitógrafo griego del siglo VI a.C. que pretendió encontrar en la interpretación figurada un modo de proteger al poeta épico Homero (pilar tradicional de la *paideia* o educación helénica) de los embates críticos de un racionalismo escandalizado con la caracterización violenta e inmoral de los dioses olímpicos en la *Ilíada* y la *Odisea*. Lo cierto es que, desde Teágenes en adelante, la alegorización de los mitos se volvió una práctica intelectual sumamente extendida entre las personas ilustradas. La hallamos, por ej., mucho tiempo después, en el romano Cicerón (106-43 a.C.), quien supo alternar este método con el evemerismo en varios de sus escritos.

Cultores tenaces del ingenio exegético, los alegoristas asociaban con fortuna dispar –a veces de forma más o menos convincente y otras de manera demasiado artificiosa– seres y episodios mitológicos con elementos o manifestaciones de orden físico, psíquico y cultural (por ej., Juno/aire, Minerva/sabiduría, Mercurio/comercio, filicidios de Saturno/devener inexorable del tiempo, hechicería rejuvenecedora de Medea/actividades gimnásticas, etc.).¹⁴ El alegorismo se convirtió en una moda intelectual, y la poesía homérica y hesiódica fue objeto de todo tipo de exégesis, muchas de ellas arbitrarias, y algunas francamente descabelladas, puesto que a los alegoristas solía importarles poco lo que el autor había querido decir y mucho lo que a ellos se les antojaba que había dicho.¹⁵ Un ejemplo paradigmático de esto lo encontramos en el erudito griego Crates de Malos (s. II a.C.), quien sostuvo que el escudo de Aquiles, descrito por Homero con tanto lujo de detalles en el canto XVIII de la *Ilíada*, era, con su diseño de círculos concéntricos, una representación deliberada del universo, con la Tierra en el medio y las esferas celestes a su alrededor...

aplicarlo al mismísimo Zeus, la deidad suprema del panteón griego, motivo por el cual Plutarco le achacó haber “extendido el ateísmo por toda la tierra habitada borrando el recuerdo de los dioses” (*Moralia*, V, xxvi, 23). El evemerismo fue introducido en Roma hacia fines del siglo III a.C. por el escritor latino Quinto Ennio, quien tradujo además al latín los escritos de Evémero. Para mayor información, vid. GARCÍA GUAL, Carlos, *La mitología: interpretaciones del pensamiento mítico*. Barcelona, Montesinos, 1997 (1987), pp. 44-62.

¹⁴ El alegorismo no necesariamente iba de la mano con el agnosticismo. De hecho, la gran mayoría de los alegoristas eran teístas. Su empeño alegorizador no buscaba destruir la religión tradicional sino *conciliarla* con las exigencias racionales de la filosofía natural y moral, sin renunciar al legado mitológico. Vid. GARCÍA GUAL, *ibid.*; y también DÍAZ LAVADO, Juan M., “Homero y sus Alegoristas. De Teágenes a Plutarco”. En *Anuario de Estudios Filológicos*, nº 17. Cáceres, FFyL-Universidad de Extremadura, 1994, pp. 73-87.

¹⁵ Este vicio hermenéutico fue sometido a una crítica demoledora por el notable filósofo helenístico Sexto Empírico (c. 160-210), uno de los principales exponentes del escepticismo pirroniano. Cfr. RAMOS JURADO, Enrique A., “Sexto Empírico y los alegoristas”. En *Habis*, nº 31. Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000, pp. 267-292.

De modo que los polemistas paganos anticristianos, en esa misma tónica, bien podrían haber explicado el origen del cristianismo prescindiendo de la historicidad de Jesús. Podrían haberlo hecho exclusivamente a partir de una *interpretación alegórica del mito cristológico*, es decir, asignándole a la revelación cristiana (Encarnación, Pasión, Resurrección y Ascensión del Hijo de Dios) un *sentido figurado no fideísta*, un trasfondo simbólico más convencional que estuviera descentrado del personaje histórico-teológico de Jesucristo. ¿Cómo? Reduciendo el relato evangélico a un entramado de alegorías cuya significación profunda y verdadera nada tuviese que ver con lo que aquél parece decir en el plano literal. Y si los polemistas paganos no hicieron eso, prefiriendo el evemerismo al alegorismo, debemos presumir que la existencia histórica del Nazareno les debe haber parecido una verdad incontestable.¹⁶

Con las debidas reservas que nos impone su oscuridad y ambigüedad, se puede afirmar que la literatura judía rabínica cronológicamente más próxima a la época de Jesús –el ya mencionado Talmud de Babilonia– se constata exactamente lo mismo que en los testimonios paganos: admisión de la existencia histórica del Galileo, y a la vez, repulsa de su carácter divino.¹⁷ Los rabinos, al igual que los polemistas anticristianos de la gentilidad, ven en él a un hechicero impío, impostor y embustero, y lo fustigan con inclemencia, no olvidando mencionar su presunta filiación adulterina. Asimismo, rechazan de plano la creencia judeocristiana inicial en su mesianidad *a la antigua* (Mesías humano sucesor del rey David), acusándolo de ser un falso profeta que ha querido arrastrar a todo el pueblo hebreo, por el camino de la idolatría, a la apostasía. Y no obstante esta fortísima animadversión hacia el cristianismo, la historicidad de Jesús es aceptada en todos los casos. No es ésta, desde luego, una prueba concluyente de la existencia histórica del Nazareno, pero sí un indicio favorable. Autores tan hostiles al cristianismo, de haber existido la más leve sospecha sobre la falsedad histórica de Jesús, ¿por qué no habrían de manifestarla, siquiera en modo potencial, como un rumor?

El problema del sesgo ideológico

He dicho antes que el mitismo *mide con distinta vara* la historicidad del Galileo y su conato mesiánico a la de otros personajes y episodios, y argumenté por qué. Pero quiero ahora retomar esta crítica para ampliarla. Los negacionistas, de antemano, descalifican completamente el uso de fuentes cristianas, incluso el de las más tempranas como las Cartas Paulinas y los Evangelios Sinópticos, arguyendo su impronta religiosa, su parcialidad fideísta, su nulo rigor historiográfico. Sólo aceptan como valederos los testimonios

¹⁶ La posibilidad de alegorizar el Evangelio era tan real en aquel tiempo que una de las herejías gnósticas más importantes del cristianismo primitivo, el *docetismo*, rechazaba tajantemente la creencia en la Encarnación, Pasión y Resurrección. Los docetistas concebían a Cristo como un ser puramente espiritual, incorpóreo, aunque no negaban que se hubiera manifestado en el mundo como *eidolon* o fantasma, tanto visualmente como a través de la palabra. A los polemistas paganos, por ende, no les hubiera costado nada *dar un paso más* por esta senda negacionista y recusar, junto con la existencia física de Jesús, su existencia histórica.

¹⁷ En relación a la oscuridad y ambigüedad a la que hago referencia, el estudioso Antonio Piñero ha dicho: “Hay que comenzar con la constatación de que dentro del frondoso bosque que constituyen el Talmud y los *midrasim* las noticias sobre Jesús de Nazaret, un personaje tan relevante para la mayoría de los que están inmersos en la cultura de Occidente, son mínimos y oscuros. En nuestra opinión, además, los pocos datos de las fuentes judías sobre el impulsor –y escojo voluntariamente este vocablo y no fundador– del cristianismo son contradictorios, errados cronológicamente y, por supuesto, hostiles hacia Jesús y su movimiento. Por otro lado, sin embargo, son una confirmación indirecta de su existencia histórica y del crecimiento en número del grupo de discípulos agrupados en torno a su nombre nada más morir el personaje que los inspiró. [...] Con gran generosidad para los pasajes fuertemente dudosos, los textos que en el Talmud y *midrás* afectan a Jesús son aproximadamente una quincena. De entre ellos sólo tres o cuatro lo nombran de una manera expresa, y, realmente sólo un par de ellos transmiten alguna noticia sustancial. Otros aluden a ‘una cierta persona’, *peloni* en hebreo [...], como si nombrarlo expresamente fuera ya concederle demasiado honor; otros llaman a Jesús Ben Stada o Ben Pandera y unos pocos tratan más bien de la madre del Nazareno que de él mismo” (Piñero, Antonio, *Qué se dice de Jesús en el Talmud (I)*). En <http://blogs.periodistadigital.com/antoniopinero.php/2007/11/27/p128806>.

Acotaría lo siguiente: la abigarrada tradición talmúdica, esencialmente religiosa y sedimentada a lo largo de varios siglos, está muy lejos de los estándares racionalistas de rigor lógico, orden sistemático y claridad expositiva propios de la filosofía y la historiografía helenístico-romanas. Esto nos obliga a no ser escépticos frente a la hipótesis de la *polionimia*, es decir, la posibilidad de que Jesús, en el Talmud de Babilonia, sea nombrado de diversas maneras por autores diferentes que vivieron en tiempos distintos. Indudablemente, resulta poco probable que todos los personajes *a priori* identificables con el Nazareno, sean efectivamente el Nazareno. Pero también, inversamente, resulta poco probable que ninguno de todos ellos lo sea.

de primera mano extracristianos, es decir, los testimonios de testigos judíos y paganos. Hay aquí otra inconsistencia lógica. Examinémosla.

En primer lugar, el problema del *sesgo ideológico* no es exclusivo de las fuentes antiguas de índole *sacral* en sentido lato: testimonios religiosos, mitológicos y monárquico-teocráticos ajenos al *ethos* racionalista y el método científico (Avesta, Epopeya de Gilgamesh, Lista Real Sumeria, etc.). Las fuentes antiguas de carácter historiográfico *stricto sensu* —esto es, crónicas rigurosas escritas por historiadores sistemáticos con pretensiones de objetividad, como la *Historia de la Guerra del Peloponeso* del griego Tucídides, los *Anales* del romano Tácito y los *Registros del gran historiador* del chino Sima Qian— también están sesgadas, y demandan igualmente una exégesis precavida.¹⁸

Indudablemente, las fuentes historiográficas paganas y judías (Tácito y Josefo por ej.), aun con sus bemoles, resultan mucho más confiables que el Nuevo Testamento. Pero no hay que perder de vista que aquéllas, si bien tienen un plus considerable en términos de objetividad, son tan parciales como el último. Además, en el caso de las fuentes judías, no todas tienen —como se ha visto— un carácter historiográfico. El Talmud de Babilonia es una obra netamente religiosa, de modo que si se acepta como algo legítimo que los defensores de la historicidad de Jesús busquen en él evidencia probatoria, se debe aceptar también que otros hagan exactamente lo mismo con los Evangelios Sinópticos y las Cartas Paulinas. Tanto la literatura rabínica como la neotestamentaria carecen de objetividad científica; y si la segunda tiene motivos interesados de sobra para relatar lo que el Galileo presuntamente hizo y dijo en este mundo, la primera los tiene para soslayarlo o minimizarlo.

Y en segundo lugar, dados los parámetros normales de la historiografía antigua, reducir el universo documental sobre la existencia histórica de Jesús a las fuentes historiográficas *propriadamente dichas* de la primera mitad del siglo I, resulta francamente insostenible. Con ese criterio, no habría posibilidad de historiar casi ninguna de las sociedades antiguas, ya que sólo las civilizaciones china y grecolatina alcanzaron el umbral de la ciencia histórica y nos dejaron fuentes historiográficas en sentido estricto. La egiptología, la asiriología, la indología, los estudios mesoamericanistas y muchas otras subáreas del saber académico antiquista virtualmente desaparecerían o quedarían rebajadas a simples ramas de la novelística histórica, ya que no contarían con testimonios «fidedignos»: ningún Tucídides, ningún Tácito, ningún Sima Qian... Como se advierte, los desmesurados estándares de corroboración documental que enarbola el negacionismo mitista conducen inexorablemente a un callejón sin salida no bien se los generaliza a toda la historiografía antigua.

La búsqueda del Jesús histórico y la evidencia interna

La abrumadora mayoría de los especialistas interesados en la cuestión de la historicidad de Jesús, en lugar de anunciar con bombos y platillos la futilidad documental del Nuevo Testamento, que es lo más cómodo, prefieren trabajar duro y en silencio con esta complejísima fuente. Munidos de esa tenacidad y paciencia que caracteriza a los buenos historiadores, prefieren lidiar durante años con sus mil y una

¹⁸ La *imparcialidad*, tal como la concebía el positivismo decimonónico (*neutralidad valorativa*), es, como se sabe, una quimera. No obstante, y aunque suene ridículo decirlo en estos tiempos posmodernos donde el relativismo y el subjetivismo campean a sus anchas, la *objetividad* (entendida como el *empeño consciente y metódico de la razón en describir y explicar la realidad tal como es, tratando de que interfieran lo menos posible las fantasías, convicciones y conveniencias personales*) existe, al menos en cierto grado. Y en honor a la verdad, hay que reconocer que, de todas las civilizaciones antiguas, las únicas que alcanzaron el umbral historiográfico de la objetividad fueron la grecolatina y la china (aunque una vez alcanzado, la primera llegó más lejos. China tiene su Heródoto en Sima Qian, mas no un Tucídides).

No incluyo la civilización árabe porque, al margen de ser más tardía (Edad Media), su racionalismo filosófico y científico es, en sus orígenes, tributario del *logos* griego, al igual que sucede con las civilizaciones de Bizancio y Occidente. No obstante, con el paso del tiempo, la historiografía árabe revelaría un dinamismo propio notable. Y en el siglo XIV, de la mano de Ibn Jaldún y su monumental *Historia Universal*, alcanzaría un desarrollo teórico no igualado por ninguna otra historiografía antigua o medieval, ni siquiera la helenístico-romana.

dificultades: sesgos, omisiones, tergiversaciones, contradicciones, interpolaciones, supresiones, ambigüedades, oscuridades, problemas de datación cronológica, dudas en materia de autoría o autenticidad, etc.

Pero no están solos en esa lid, ni desarmados. La llamada *búsqueda del Jesús histórico* ya lleva más de dos siglos, y de ella han participado y participan un sinfín de eruditos. Un inmenso e invaluable *corpus* de conocimientos se ha ido atesorando durante todo este tiempo, y las nuevas capas de investigadores cuentan con él, por lo que nunca deben empezar desde cero, independientemente de cuán clásicos o revisionistas sean sus enfoques y tesis. Por otro lado, a nivel metodológico, disponen del amplio abanico de herramientas de análisis filológico-crítico que ofrece la bibliología (hermenéutica o exégesis bíblica) en sus distintas escuelas (*Formgeschichte, Redaktionsgeschichte*, etc.). Inscribiendo el Nuevo Testamento en su contexto histórico de redacción, conociendo las motivaciones de sus autores, leyéndolo exhaustivamente y entre líneas, comparando sus distintos libros y pasajes, detectando y comprendiendo sus inconsistencias e interpolaciones, es posible sacarle jugo, y mucho. Quienes se han tomado el trabajo de hacerlo, han llegado a la conclusión de que la existencia histórica de Jesús no sólo es perfectamente verosímil, sino también segura, o al menos altamente probable.¹⁹ Y entre ellos hay muchísimos ateos, agnósticos y deístas ajenos por completo a la cosmovisión cristiana, y libres, por consiguiente, de hipotecas fideístas.

Un ejemplo paradigmático es el de Puente Ojea, un marxista español que ha cosechado renombre mundial con una prolífica producción historiográfica y filosófica orientada a la crítica de las religiones (el cristianismo en particular) y la apología del ateísmo: *La formación del cristianismo como fenómeno ideológico* (1974); *Imperium Crucis: consideraciones sobre la vocación de poder en la Iglesia católica* (1989); *Fe cristiana, Iglesia, poder* (1991); *El evangelio de Marcos. Del Cristo de la fe al Jesús de la historia* (1992); *Elogio del ateísmo* (1995); *El mito del alma* (2001) y *La religión, ¡vaya timo!* (2009), entre otras obras. Este notable intelectual publicó hace cuatro años un libro íntegramente dedicado a probar la historicidad del Galileo y refutar las teorías mitistas que la industria cultural ha puesto en boga: *La existencia histórica de Jesús: las fuentes cristianas y su contexto judío*. Para quienes se interesan en este tópico y desean tener un conocimiento más profundo de él, su lectura resulta ineludible.

Excede el propósito de este ensayo dar cuenta detallada de la evidencia interna a favor de la historicidad del Nazareno y su tentativa mesiánica. ¿Qué se entiende por *evidencia interna*? Los expertos denominan de ese modo a las fuentes cristianas más tempranas (menos extemporáneas), es decir, las fuentes producidas *al interior* de la «Iglesia»²⁰ primitiva durante el período apostólico; concretamente, los libros que conforman el Nuevo Testamento, en especial, los Evangelios Sinópticos y las Cartas Paulinas. Pero el presente artículo, como anuncia su título, se circunscribe a la *evidencia externa* o extracristiana (testimonios judíos y paganos). Y a decir verdad, pasar revista a la compleja problemática de las fuentes

¹⁹ Los negacionistas, en su afán polémico, son propensos a simplificar de forma maniquea, *binaria*, el problema de la historicidad de Jesús. No admiten *matices* de ningún tipo. Sólo aceptan dos opciones: *Jesús existió o no existió*. Pero el asunto es más complejo, y amerita *grises*. Está claro que no hay *evidencia absoluta* a favor de la historicidad del Galileo, pero de ahí a proclamar con fanfarria que se trata de una mera invención literaria, hay un trecho demasiado largo... ¿Por qué? Porque contamos con *indicios*. Entre un extremo (evidencia absoluta) y el otro (ninguna evidencia) hay *grados de factibilidad*, todo un *espectro de probabilidades*. Negarlo es incurrir en la denominada *falacia del blanco o negro*. La abrumadora mayoría de los especialistas considera que si bien no hay pruebas concluyentes o definitivas a favor de la historicidad de Jesús, su existencia es *absolutamente verosímil*, y además *altamente probable*. Hay mucha mala fe intelectual, pues, en el maniqueísmo de los autores mitistas.

²⁰ El cristianismo primitivo se caracterizaba por un modelo eclesial extremadamente federativo en el que no había margen para ningún poder central y en el que cada comunidad de fieles gozaba de plena autonomía (la consolidación del papado en Occidente y los patriarcados en Oriente es un proceso muy posterior, que se inicia en el siglo IV al calor de la creciente vinculación entre la religión cristiana y el Imperio Romano). Por lo tanto, lo correcto es hablar de *iglesias* y no de *Iglesia*. Cfr. TEJA, Ramón, "De obispo de Roma a primado de toda la Iglesia". En *El País*, 11/4/2005.

Como digresión, acotaría que también la elevación gradual de los obispos a la condición de jefes plenipotenciarios dentro de las comunidades eclesiales, en desmedro de los mecanismos colegiados de democracia interna, es un fenómeno tardío, que se inicia en el siglo II y se prolonga hasta bien entrado el siglo III (no en balde la palabra «iglesia» viene del griego *ekklesia*, que significa «asamblea»). Cfr. BACKHOUSE, Edward y TYLOR, Charles, *Historia de la Iglesia primitiva: desde el siglo I hasta la muerte de Constantino*. Barcelona, CLIE, 2004, p. 145 et sq.

neotestamentarias, por muy sucintamente que se lo haga, demandaría un desarrollo argumentativo aparte, en otro ensayo. Por otro lado, esa tarea afortunadamente ya ha sido realizada, y de manera más que satisfactoria, por diversos eruditos (Puente Ojea y Piñero, entre otros).

No obstante, quisiera explicar en pocas palabras por qué razón resulta válido –para quienes participan sin condicionamientos religiosos de la búsqueda del Jesús histórico– hablar de *evidencia interna*. Puente Ojea, Piñero y muchos otros estudiosos exentos de compromisos fideístas, consideran que si el mito de Cristo hubiese sido construido *ex nihilo* o «desde la nada», sin ningún personaje histórico de referencia, y sólo a partir de diversas tradiciones religiosas y filosóficas provenientes del judaísmo y el paganismo, tal como sostienen los mitistas, no adolecería de contradicciones internas tan numerosas y comprometedoras en aspectos capitales. Es evidente que los redactores del Nuevo Testamento tuvieron que vérselas con una tradición oral muy vigorosa y bien asentada, de modo que no era posible para ellos ningunearla e inventar desde cero una nueva revelación perfectamente subordinada a sus presupuestos teológicos. Debieron, por el contrario, *reelaborar* con sumo esfuerzo dicha tradición preexistente, *adecuarla* laboriosamente a sus novedosos planteamientos dogmáticos. Y aunque hicieron un buen trabajo, no pudieron evitar que quedaran huellas de la antítesis radical entre la vieja fe judeocristiana y la emergente doctrina cristológica y soteriológica de Pablo. Dicho metafóricamente, *no existe el crimen perfecto*, y los bibliólogos modernos, merced a un detectivesco análisis crítico-filológico, han logrado *deconstruir* todos y cada uno de los libros que integran el canon neotestamentario.

En suma, si el personaje de Jesús de Nazaret fuese pura invención, un mero artilugio literario al servicio de intereses teológicos, su correspondencia con el Cristo paulino-juánico no sería tan problemática como de hecho lo es.²¹ En palabras de Puente Ojea, autor materialista y ateo,

Es razonable colegir [...] que *ha existido realmente* un personaje conocido históricamente por el nombre de *Jesús de Nazaret*, pero que *jamás ha existido realmente* un personaje con el apelativo de *Jesucristo* como supuesto Hijo consustancial de Dios, encarnado humanamente para realizar tareas soteriológicas en la tierra, finalmente resucitado, y como tal aún hoy adorado por las iglesias cristianas. [...] A mi juicio, la prueba mayor de que *existió históricamente* un hombre conocido después como *Jesús de Nazaret* o *el Nazareno* radica en las *invencibles dificultades* que los textos evangélicos afrontan para *armonizar* o concordar las *tradiciones sobre este personaje* con el *mito de Cristo* elaborado teológicamente en estos mismos textos. *Nadie se esfuerza por superar aporías derivadas de «dos» conceptos divergentes y contrapuestos del mismo referente existencial, si dichas aporías no surgieran de testimonios históricamente insoslayables.* La imposibilidad conceptual de saltar de modo plausible del *Jesús de la historia* al *Cristo de la fe* constituye una *evidencia interna* –aunque aparentemente paradójica– de la *altísima probabilidad* de que haya existido un pretendiente mesiánico llamado Jesús que anunció la inminencia de la instauración en Israel del reino mesiánico de la esperanza judía en las promesas de su Dios. Ninguna otra prueba alcanza un valor de convicción comparable a los desesperados esfuerzos, a la postre *fallidos* para una mirada histórico-crítica, por *cohonestar* el Cristo mítico de la fe con la memoria oralmente transmitida, de modo fragmentario, de un hebreo que vivió, predicó y fue ejecutado como sedicioso en el siglo I de nuestra era.²²

²¹ Las contradicciones entre el Jesús histórico y el Cristo de la fe son muchas, y no es ésta la ocasión de enumerarlas. Baste este ejemplo: en diversos pasajes del Nuevo Testamento, Jesús es presentado como el Hijo de Dios nacido de una madre virgen por obra del Espíritu Santo. Sin embargo, en dos pasajes (*Mt.* 1, 1-17 y *Lc.* 3, 23-38), se lo muestra como descendiente consanguíneo del rey David a través de una larga lista genealógica patrilineal que culmina en José, el marido de María, quien –se supone– no tuvo participación alguna en la concepción del Nazareno. Es más: en la genealogía del *Evangelio de Lucas*, se admite que a Jesús, al momento de comenzar su predicamento, “se lo consideraba hijo de José”. Se trata, claramente, de elementos residuales del viejo mesianismo judeocristiano, para el cual la ascendencia davídica por vía patrilineal constituía un rasgo fundamental de la mesianidad auténtica y legítima. Si los evangelios de Mateo y Lucas hubiesen sido redactados *ex nihilo*, sin precedentes orales que condicionaran su proceso de escritura, con seguridad no contendrían dos genealogías que, amén de ser extensas y superfluas, contradicen los axiomas estructurantes de la naciente ortodoxia paulina. Ejemplos como éste se podrían citar a granel.

²² PUENTE OJEA, Gonzalo, *El Evangelio de Marcos. Del Cristo de la fe al Jesús de la historia*. Madrid, Siglo XXI, 1992, p. 10 (la cursiva es del autor). De la misma opinión es Antonio Piñero: “Los argumentos de crítica interna, es decir, surgidos del análisis de los documentos cristianos mismos recogidos en el Nuevo Testamento, [...] me parecen que son los más probativos de la existencia histórica de Jesús de Nazaret, tan discutida por algunos hoy día. [...] El gran error de los mitistas ha sido confundir estas dos figuras. Tienen razón [...] cuando sostienen la no existencia histórica del Cristo de la

Varios años después, en otra de sus iluminadoras obras históricas acerca del conato mesiánico de Jesús y los orígenes del cristianismo, el autor español habría de precisar su tesis del siguiente modo:

*Nadie asume artificialmente datos o testimonios que dañen a sus propios intereses, a no ser que exista una tradición oral o escrita que sea imposible «desconocer», en cuyo caso sólo resta el inseguro expediente de reinterpretarla o remodelarla «tergiversando» su sentido genuino. [...] El deseo de apuntalar históricamente el nuevo mensaje soteriológico –cuestión que aún no le preocupó a Pablo– obligó a los evangelistas a usar reiteradamente –casi siempre de modo intermitente y elusivo– tradiciones muy antiguas sobre actitudes y palabras del Nazareno.²³ De este precioso material, que podríamos calificar defurtivo, puede inferirse con estimable seguridad que Jesús fue un agente mesiánico que asumió sustancialmente los rasgos básicos de la «tradición davídica popular» y de la escatología de origen profético, aderezadas con acentos apocalípticos. Su mensaje anunció la inminente llegada del reino mesiánico sobre la tierra de Israel transformada por una suerte de palingenesia, un reino en el que lo religioso y lo político aparecían fundidos –sólo dissociables con una mentalidad occidental– para entrar en él, y en el cual el arrepentimiento y la reconversión espiritual (*teshuvah*, *metanoia*) resultaban inaplazables y eran requisitos indispensables para la intervención sobrenatural de Dios. El verdadero *tour de force* que significó remodelar este material y verterlo en las categorías del misterio cristiano exigió una fe ciega y se desarrolló *more rabbinico* [según la costumbre de los rabinos], es decir, acudiendo a los *argumenta Scripturæ* [argumentos de autoridad tomados de las Escrituras] y a los *vaticinia ex evento* [profecías apócrifas formuladas con posterioridad a los hechos], aislándolos de sus contextos e integrándolos en una interpretación tipológica y alegórica extravagante e inverosímil.²⁴*

Algunas acotaciones

No quisiera dar finalización a este ensayo sin antes hacer una observación crítica en relación al *analogismo*, otro argumento falaz hartamente frecuente en la producción historiográfica de los negacionistas, y que el documental *Zeitgeist* ha propagado como peste con esa facilidad que da el encumbramiento posmoderno del pensamiento *light*. El analogismo constituye, en general, la principal –si no única– *vía positiva* de demostración transitada por los adalides de la teoría del mito de Cristo (de la *vía negativa* me ocupé hasta ahora). La disquisición será forzosamente breve, porque ella también excede la finalidad de este ensayo; un ensayo que, si bien se refiere a la historicidad de Jesús y polemiza con el mitismo, está focalizado en la cuestión de las fuentes primarias extracristianas.

fe, pero se equivocan al no percibir que los Evangelistas superponen a un referente histórico –que les ofrece la tradición– esta concepción del Cristo divino, exaltado a los cielos. Las dos figuras no casan entre sí, de donde se deduce con toda claridad que los Evangelistas no tuvieron más remedio que aceptar unos datos históricos ineludibles sobre Jesús [su mesianismo davídico por ej.], que no podían evitar, casaran o no con la concepción cristológica que de este personaje tenían ya cuando compusieron los Evangelios. De ahí surgen las contradicciones entre las dos figuras que se perciben en los escritos evangélicos. Si se hubieran inventado los evangelistas la figura de Jesús, lo habrían hecho de otra manera: jamás habría ocurrido que presentaran datos inconciliables entre la figura de un rabino galileo y la de un ungido celeste al que presentan como salvador universal”. (<http://blogs.periodistadigital.com/antoniopinero.php/2008/11/25/-la-existencia-historica-de-jesus-la-amp>).

²³ De acuerdo al parecer de la mayoría de los eruditos, es casi seguro que una parte de esa tradición oral judeocristiana ya había sido compilada entre los años 40 y 60 en una suerte de *proto-evangelio* que incluía numerosos *ágrapha* o dichos atribuidos a Jesús, y también, al parecer, algunos pasajes narrativos de índole biográfica. Esta fuente, que hasta ahora no ha sido encontrada, recibe el nombre de Q, y se presume que fue escrita en griego. Múltiples indicios apuntan a que este documento habría servido de base para la redacción de los evangelios canónicos de Mateo y Lucas, así como del apócrifo de Tomás. Cfr. CARSON, D.A. y MOO, Douglas J., *Una introducción al Nuevo Testamento*. Barcelona, CLIE, 2008 (1992), pp. 47-50.

²⁴ PUENTE OJEA, Gonzalo, *El mito de Cristo*. Madrid, Siglo XXI, 2000, pp. 18-20 (la cursiva es del autor). En una jugosa entrevista que le hiciera el periodista Sebastián Romero para la revista española *Sesenta y más*, el autor reafirmaría su tesis en términos aún más claros: “Existió con altísima probabilidad histórica un galileo conocido hoy por Jesús de Nazaret, o el Nazareno, que predicó en Palestina la instauración inminente de un reino escatológico-apocalíptico y religioso-político que expulsaría a los romanos de aquellas tierras. Negar que hubiera existido realmente ese personaje haría imposible una explicación, incluso de mínimo alcance, del llamado movimiento cristiano, al que se refiere no sólo el Nuevo Testamento sino también el legado histórico del mismo que ha nutrido el acervo documental de la Antigüedad. La evidente naturaleza polémica y antagonista de las fuentes neotestamentarias constituye el argumento más sólido –la evidencia interna–, pues resulta exigido por la estructura misma de las fuentes. [...] Existió Jesús, el que no existió jamás, a no ser en la calenturienta cabeza de Pablo de Tarso, fue el Cristo, y pasado un par de décadas, en la alterada conciencia de los evangelistas al servicio de las iglesias paulinistas de la dispersión. Finalmente, la *Catholica Ecclesia* sancionó una incongruente e imaginaria «cristología» eminentemente paulina como su dogma oficial. Desde entonces –concluye Puente Ojea– esa alienación colectiva gobierna la economía psicológica de muchos de cientos de millones de creyentes” (www.imserso.es/InterPresent1/groups/imserso/documents/binario/282entrevista.pdf).

Los negacionistas alegan que Jesucristo es un personaje pseudohistórico, una mera creación literaria, un mito sincrético *in totum*,²⁵ porque su trayecto biográfico presentaría demasiadas coincidencias llamativas con el de otros profetas como Buda Gautama, Zaratustra y Mahoma; y porque su caracterización teológica tendría sospechosos paralelismos con la de otras «divinidades encarnadas» como Horus y Krishna, algo que resultaría manifiestamente inverosímil desde un punto de vista *histórico-factual*.²⁶

A continuación, expongo mis objeciones:

1) Es necesario una vez más *disociar analíticamente*, en ese constructo ideológico bifronte que es *Jesucristo*, el Jesús de la historia y el Cristo de la fe.

2) Las coincidencias no son, en rigor de verdad, tantas como se cree. No al menos si se las compara con las discrepancias. Son éstas las que prevalecen, y de modo contundente.

3) Dichas coincidencias no resultan significativas en lo concerniente a la cuestión de la historicidad de Jesús, ya que son de orden *extremadamente genérico*, perfectamente atribuibles a ciertos patrones generales de la religión *per se*, como el antropomorfismo (tendencia a humanizar los dioses por distintas vías: filiación divina, encarnación, muerte y resurrección, concepción milagrosa, nacimiento profetizado, etc.), o bien, propios de la extensa familia de las religiones proféticas de salvación (revelación divina, llamamiento a una «ética superior», énfasis en la purificación y salvación del alma, centralidad de la figura carismática del profeta, impronta plebeya, enseñanzas morales y teologales a través de proverbios y parábolas, predicamento itinerante, presencia de discípulos, etc.).

4) La historia abunda en coincidencias parciales, pero ellas no necesariamente son atribuibles a procesos espontáneos o inducidos de transmisión cultural, ya sea en el espacio, a partir de un único centro generador (difusión), o bien en el tiempo, a partir de un origen ancestral común (derivación). Muy a menudo esas coincidencias se deben simplemente a *dinámicas de desarrollo endógenas, separadas, independientes unas de otras*.²⁷ La mayoría de las teorías sincretistas propuestas por los autores mitistas son tributarias de un hiperdifusionismo y un hiperderivacionismo anacrónicos, que las ciencias sociales hace ya décadas arrojaron al cesto de residuos pseudocientíficos.²⁸ Un hiperdifusionismo y un

²⁵ El *sincretismo* es un término utilizado en ciencias sociales (especialmente por los antropólogos) para designar aquellos fenómenos culturales que presentan una configuración híbrida como resultado de la fusión entre dos o más tradiciones étnicas o religiosas. Un ejemplo moderno de sincretismo es la religión *umbanda* del Brasil, que es producto de una síntesis entre los cultos afros introducidos por los esclavos negros, la religiosidad autóctona de las comunidades tupí-guaraníes, la devoción católica impuesta por los colonizadores portugueses y la doctrina espiritista elaborada por el francés Allan Kardec a mediados del siglo XIX.

²⁶ Para una buena muestra del analogismo mitista, *vid.* <http://losdeabajoaizquierda.blogspot.com.ar/2010/09/todo-lo-de-cristo-es-falso-cristo-no.html>, o bien, <http://ateismoparacristianos.blogspot.com.ar/2010/06/10-personajes-para-crear-el-mito-de.html>.

²⁷ Ejemplos emblemáticos son, entre otros, la agricultura de regadío, la organización estatal, la arquitectura monumental, la escritura ideográfica, el cálculo astronómico y la ascesis monacal. Está ampliamente demostrado que estos fenómenos culturales aparecieron en distintas áreas culturales sin ninguna conexión mutua, absolutamente separadas en el tiempo y/o el espacio.

²⁸ De hecho, la primera gran refutación de este género de *comparatismo* se remonta a los albores del siglo XX. En su destacada obra *Las formas elementales de la vida religiosa* (1912), el sociólogo Émile Durkheim advirtió –a propósito del uso abusivo que el antropólogo James G. Frazer hacía del método comparativo– lo siguiente: “En su *Totemism*, Frazer se había dedicado sobre todo a poner de relieve todos los rastros de totemismo que se puede descubrir en la historia y en la etnografía. Esto le condujo a incluir en su estudio sociedades muy diferentes por su naturaleza y por su grado de cultura: el antiguo Egipto, Arabia, Grecia y los eslavos del sur figuran allí al lado de las tribus de Australia y América. Esta forma de proceder no tenía nada de sorprendente en un discípulo de la escuela antropológica. En efecto, esta escuela no pretende situar las religiones en los medios sociales de los que forman parte, ni diferenciarlas según los distintos medios con los que se relacionan. [...] En una investigación de este tipo, puede admitirse la contribución de todos los pueblos. [...] Como desde este punto de vista los hechos sólo tienen interés en proporción a su generalidad, se considera obligado acumularlos en tan gran número como sea posible; nunca se cree haber extendido demasiado el círculo de las comparaciones. Este método no podría ser el nuestro [...]. Tanto para el sociólogo como para el historiador, los hechos sociales están en función del sistema social al que pertenecen; no es posible comprenderlos si se los saca de él. Por eso, dos hechos que pertenezcan a dos sociedades diferentes no pueden ser comparados fructíferamente por el mero hecho de que parezcan asemejarse [...]. ¡Cuántos errores se han cometido por desconocer este precepto! Así es como se han aproximado indebidamente hechos que, a pesar de sus similitudes externas, no tenían ni el mismo sentido ni el mismo alcance [...]. Sólo se puede comparar con utilidad hechos que se conoce bien. Pero cuando se intenta abarcar toda clase de sociedades y

hiperderivacionismo que, para ser francos, las aproxima peligrosamente a las disparatadas investigaciones de mitómanos como Erich von Däniken, Jacques de Mahieu y Thor Heyerdahl, cuya principal máxima metodológica vendría a ser ésta: *si se parecen en algo, seguro que deben tener un origen común; y si ese origen común no está en Egipto ni el Lejano Oriente, ha de buscarse en la Atlántida o alguna civilización extraterrestre*. Los negacionistas también son propensos a las falsas analogías, pero en sus elucubraciones, por fortuna, no llegan tan lejos como aquellos autores, ya que su sano escepticismo ateo o agnóstico los protege de la egiptomanía, el «atlantismo», la ufología y otras variantes extremas de la pseudociencia.²⁹

5) La abrumadora mayoría de los eruditos no han hallado pruebas convincentes de que el proceso de sincretización subyacente al mito de Cristo haya tenido horizontes de referencia tan lejanos como los que arguyen los mitistas. La tesis hiper-orientalista (influencia del budismo por ej.) cuenta con muy escaso crédito entre los estudiosos. Predomina ampliamente la opinión más cauta de que el cristianismo surgió como una fusión entre el judaísmo, la metafísica neoplatónica y las religiones/teosofías del Mediterráneo oriental helenístico.

6) Aun cuando el mito de Cristo fuese el resultado de un singularísimo proceso de sincretización religiosa a gran escala, eso no demostraría *per se* la inexistencia histórica del *rabbí* galileo Jesús de Nazaret. Las osadas especulaciones de la mitología comparada y las circunspectas indagaciones de la historia fáctica discurren en planos diferentes. Por lo tanto, insistir *ad nauseam* en la presunta artificiosidad y falta de originalidad del mito de Cristo no constituye ninguna panacea probatoria en lo atinente a la historicidad del Galileo.

7) La historia contemporánea ofrece innumerables ejemplos de profetas o gurús *100% reales* (rigurosamente documentados a través de la prensa gráfica, la radio, la TV e Internet) que se asumen y/o son aclamados por sus seguidores como divinidades encarnadas, siguiendo, reciclando o sincretizando pautas mitológico-religiosas tradicionales más o menos generales: Sathya Sai Baba, el Dalái Lama, Jiddu Krishnamurti, Meher Baba y un largo etcétera. ¿Por qué entonces habría de ser algo tan problemático aceptar la historicidad de Jesús de Nazaret –depurándola cuidadosamente del mito paulino de Cristo ideado *ex post facto*– como algo altamente probable o al menos perfectamente verosímil? Que la divinidad y milagros atribuidos a Sai Baba y otros santones sean falsos, irreales, no quiere decir que dichos personajes necesariamente también lo sean. El mismo razonamiento cabe aplicar al caso del Nazareno. El sobrenaturalismo y la milagrería de los cristianos no demuestran que Jesús sea un *factoide*. Una cosa es determinar –por caso– si el episodio evangélico de la multiplicación de los panes y peces es o no verídico (claramente no lo es), y otra cosa muy diferente es determinar si, por debajo del mito de Cristo, cubierto por una espesa capa de tradiciones piadosas y dogmas teologales, subyace o no un personaje histórico real.

Reflexiones finales

Flaco favor le hacen al ateísmo los historiadores ateos que, en su afán febril de llevar agua para su molino a como dé lugar, ofrecen el penoso espectáculo de tirar por la borda la seriedad intelectual y la ecuanimidad de juicio. La suya es, parafraseando al filósofo Spinoza, una *pasión triste*. Su obtuso negacionismo, lejos de enaltecer la concepción irreligiosa del mundo –como sí lo hicieron pensadores de la

civilizaciones [...] sin que se tengan los medios, ni siquiera el tiempo, de someterlas a crítica” se incurre en “...aproximaciones tumultuosas y sumarias...”, que son las que “...han desacreditado el método comparativo ante algunas buenas inteligencias” (DURKHEIM, Émile, *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid, Alianza, 1993, pp. 168-171).

²⁹ Desde un punto de vista lógico, el *analogismo* –la presunción de que los fenómenos semejantes deben tener un mismo origen– constituye una *petitio principii* o «petición de principio», falacia que consiste en razonar a partir de un supuesto controvertido sin dar argumentos a su favor, haciendo de cuenta como si éste gozase de un consenso general.

talla de Protágoras, Holbach, Feuerbarch, Bakunin, Marx, Nietzsche, Faure, Sartre, Camus, Russell y tantos otros–, la rebaja. Tal como ha aseverado Puente Ojea con su habitual perspicacia y claridad,

Parece evidente que el gran *error* que ha cometido la llamada «escuela miticista» de la investigación de la fe cristiana es haber funcionado de modo «idealista» y sin *herramientas ideológicas* [en sentido marxista]³⁰, al no advertir la dualidad histórica radical entre Jesús y Cristo, y al tratar como un «referente» el inexistente personaje inventado y llamado Jesucristo, que es un concepto autocontradictorio que intenta amalgamar dos términos inconciliables: uno, realmente existente, el pretendiente mesiánico judío; y el otro, un dios imaginario como el de los cultos de misterios. Tal vez una militancia atea llena de una motivación encomiable llevó a los «mitólogos» a perder de vista las exigencias metodológicas del estudio del «fenómeno cristiano», para el cual el complejísimo factor ideológico figura en primer plano. Como diría un apologista de la labor historiográfica del cristianismo con métodos marxianos, Archibald Robertson, hay que huir de caer en la trampa de los «ateos de aldea» (*village atheists*), distinguiendo cuidadosamente el debate sobre la existencia de Dios, de la cuestión de la existencia del Jesús histórico de las fuentes cristianas. *El Cristo consustancial con la Divinidad es una fabricación paulina, pero el Jesús aspirante a Mesías es un personaje inequívocamente histórico y suficientemente identificable en los documentos bíblicos conservados.*³¹

«Ateísmo de aldea». Me gusta esa frase. Es una excelente caracterización. Y con ella concluyo. He concebido y escrito este ensayo, pues, como una crítica atea al *ateísmo de aldea* que exhiben con desparpajo los negadores de la existencia histórica de Jesús. Lo he concebido y escrito *en honor a la verdad*, la misma motivación que llevó a John Stuart Mill a escribir las palabras que he citado en el comienzo a modo de epígrafe. Un epígrafe cuya inclusión, confío, a quienes se hayan tomado el trabajo de leer pacientemente todo el texto, les resulte ahora plenamente justificada.

Por lo demás, y afortunadamente, no es preciso plegarse a la moda del mitismo para poder ser ateo. Porque ateo no es quien niega la existencia de Jesús, apenas un hombre de carne y hueso. Ateo es quien niega la existencia de Dios. La verdadera batalla entre el ateísmo y la religión no se libra en el terreno de la crítica filológica y la mitología comparada, sino en el campo de la reflexión filosófica y la praxis política. Menos mentalidad de campanario, pues, y más espíritu prometeico: esto es lo que la noble causa del humanismo ateo necesita.

Federico Mare

³⁰ Para el materialismo histórico, las *formas colectivas de conciencia*, de las cuales las religiones y las mitologías forman parte, se hallan determinadas por el contexto histórico-social, esto es, condicionadas primariamente –aunque no exclusivamente– por la estructura económica y las relaciones de clase. Lo que el análisis ideológico marxista pretende es, precisamente, develar y comprender en concreto esa determinación, ese condicionamiento. Éste es el método crítico magistralmente utilizado por Puente Ojea en su precitada obra *La formación del cristianismo como fenómeno ideológico*.

³¹ PUENTE OJEA, Gonzalo, *La existencia histórica de Jesús: las fuentes cristianas y su contexto judío*. Madrid, Siglo XXI, 2008, pp. 107-108 (la cursiva es del autor). En otro de sus escritos, el intelectual español acotaría: “No parece creíble, aunque casi nada sea inverosímil en cuestiones «históricas», que la polémica ideológica que recorre el Nuevo Testamento en torno a su protagonista principal, Jesús, hubiera sido un capricho de la imaginación teológica o del arte narrativo de un grupo de improvisadores. La dogmática de la Iglesia, con su labor falsificadora de la fallida empresa mesiánica del Jesús histórico, fue la causa mayor de que la existencia real de Jesús haya sido puesta en cuestión, no sólo por los mitólogos, sino también por los que no creen en los entes metafísicos o sobrenaturales con pretensión de realidad extramental. En este amplio contexto, la empresa negadora de la existencia de Jesús podría decirse, al menos en cierto sentido, que deriva de la errónea reducción espiritualista inducida por la doctrina eclesial de la naturaleza dual del llamado equívocamente «Jesucristo» como nombre propio de un ente supuestamente humano, pero que tanto por su origen divino como por su destino final de salvador milagroso fue siempre un ser radicalmente divino en el sentido riguroso de la palabra” (en PIÑERO, Antonio [ed.], *¿Existió Jesús realmente? El Jesús de la historia a debate*. Madrid, Raíces, 2008, p. 197).